

Nicolas LE ROUX

Las guerras de religión

Rialp, Madrid 2017, 102 pp.

Cuando el Santo Padre Francisco hablaba en su primera Encíclica sobre la «Luz de la Fe», recordaba que cada en generación de cristianos, hemos de explicar con nuestra vida y con nuestras palabras, aquellas cuestiones más difíciles de entender por la cultura de cada momento.

Sin duda, si actualmente, preguntáramos a los cristianos universitarios o que están en sus primeros años de ejercicio profesional, cuáles serían las cuestiones de la doctrina cristiana que necesitan ser iluminadas en su ambiente, muchos de ellos responderían que la confianza en la Iglesia. En efecto, es necesario mostrar la conversión de los cristianos de nuestras miserias, y reconocer que las leyendas de la Iglesia son hechos históricos deformados y utilizados como arma arrojadiza para provocar desconfianza. Así pues, para regenerar confianza hace falta autenticidad, coherencia de fe y de vida y conocimientos históricos para poner las cosas en su sitio.

Efectivamente, el trabajo breve y bien documentado del profesor francés Le Roux (1970) de la Universidad de París, centra su atención en los conflictos religiosos y políticos que se produjeron en Francia desde los orígenes de la Reforma luterana hasta la definitiva consolidación del catolicismo en el suelo galo a comienzos del XVII. Fueron los años y los acontecimientos que llevaron al rey de Francia a promulgar el edicto de Nantes en 1583 (pp. 16-19).

La tesis del profesor francés, magistralmente expuesta, es que ni el edicto propiamente dicho, ni los hechos que lo propiciaron, fueron una manifestación del principio de tolerancia, ni siquiera la confirmación de que realmente se aceptara la

libertad de conciencia, es decir, que todas las religiones serían verdaderas y nadie podrá ser molestado por sus convicciones religiosas, sino sencillamente una expresión de la libertad de cultos obligada por la tensión y una solución a un problema de orden público provocado por el esfuerzo bélico de los protestantes para hacerse un hueco en el mundo religioso francés y de la intolerancia de los católicos para los que era capital luchar contra la herejía.

La mezcla de religión y política que este problema expresa, durará nada menos que hasta la Paz de Westfalia de 1648, cuando termina la conjunción entre el fin del Estado y el de la Iglesia, que era la salvación eterna de los súbditos, para convertirse en el bienestar del individuo. Además, hasta entonces la fe que era el camino de salvación, también será un elemento fundamental para la cohesión social junto al rey en una obediencia constante (p. 7).

Es muy interesante también a lo largo del conflicto narrado, comprobar cómo la diferencia entre la Iglesia Católica y el calvinismo francés, estaba esencialmente centrado en torno a la eucaristía. No se trataba, por tanto, de un problema disciplinar, organizativo, o de dominio. Lo que comenzó Lutero como reforma de la Iglesia, concluyó como reforma de la fe cristiana en torno al papado y a los sacramentos. La eucaristía como en la primitiva Iglesia, marcaba claramente los límites entre la fe de la Iglesia y otras confesiones religiosas. El realismo eucarístico era la señal de la verdadera Iglesia de Jesucristo (pp. 11-13).

José Carlos MARTÍN DE LA HOZ